10.

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

SEÑOR DON SANTIAGO DIEGO MADRAZO

en 18 de Diciembre de 1864.

MADRID,
1864
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 2.



DISCURSO

DEL SEÑOR DON SANTIAGO DIEGO MADRAZO.



SEÑORES:

Al considerar la gran distancia que me separa de vosotros, que ocupais un lugar tan distinguido en la estimacion pública, mi débil inteligencia se siente turbada, y mi corazon agradece profundamente la honra que me habeis dispensado al concederme un puesto en esta respetable Academia. Una distincion tan superior á mis merecimientos me impone deberes que no sabré cumplir provechosamente para vuestro instituto, pero sí con celo, interés y perseverancia.

Procuraré, no igualar, porque no lo consienten mis fuerzas, pero sí imitar al ilustre académico á quien tengo el honor de suceder. El Excmo. Sr. D. Antonio Cabanilles ha dejado entre vosotros imperecederos recuerdos: al evocarlos en este solemne acto no sólo cumplo la obligacion impuesta por la costumbre, sino tambien la que todos tenemos de conservar la memoria de los que prestaron servicios importantes á la ciencia.

La Academia no olvidará nunca la flexibilidad y vigor intelectuales del hombre eminente, que sintiendo leve el peso de las tareas del foro, que quebrantan los ánimos más esforzados, se elevaba sin violencia de la práctica á las regiones de la teoría. Espíritu analítico y sintético á la vez, aunque infatigable en la

investigacion minuciosa de los hechos, era capaz de las más altas concepciones. Sábio y erudito, no consideraba la erudicion como fin, sino como medio de llegar al conocimiento de la verdad. Sencillo en la exposicion de los sucesos, desapasionado al juzgarlos y hábil para cautivar la atencion sin fatigar la memoria, conquistó un puesto dignísimo entre nuestros historiadores contemporáneos.

La historia no es sólo una série de cuadros de la vida externa de los pueblos, sino tambien la revelacion de su vida íntima, de sus ideas, sentimientos y necesidades.

El historiador digno de este nombre no puede menos de ser filósofo, jurisconsulto y econonomista, y por eso el académico cuyo vacío intentaré llenar en vano, concurria tan dignamente con vosotros al progreso de las ciencias morales y políticas.

Dedicado desde los primeros años de mi juventud á la enseñanza de una de ellas, al penetrar en este recinto me siento llevado por irresistible impulso al exámen de las doctrinas que han sido objeto de mis estudios diarios. La Economía política aunque tiene un objeto y fin propios, y no se confunde con ninguna de las demás ciencias sociales, está unida á ellas por relaciones numerosas, y pretender aislarla y que viva exclusivamente de sí misma, seria aspirar á que en el cuerpo humano funcionara el corazon sin el cerebro ó el cerebro sin el corazon.

La sociedad, aunque compuesta de elementos heterogéneos, impelida por ideas diversas y agitada por pasiones enemigas, es, sin embargo, un todo armónico, en que las divergencias y las luchas se resuelven en una admirable unidad. Podrá estudiarse bajo muchos puntos de vista; pero aunque distintos como los lados de un prisma, no se opondrán á la ley de su armonía.

La ciencia de la sociedad es una, como su objeto: dentro de su último fin se comprenden otros fines parciales; mas léjos de contradecirse, las fuerzas que los realizan, concurren todas á

nuestro perfeccionamiento. La ciencia social se divide en varias ramas, que forman una sola familia indisoluble, guiada por la luz de la filosofía. Esa fraternidad no se opone á la distincion; así como la unidad y la armonía del sistema planetario no impiden la distincion y las desigualdades de los planetas.

La Economía política, que tiene por objeto las leyes generales de la actividad humana, no aspira á una independencia absurda y contraria á la unidad individual y social del hombre. No es invasora, como pretende Lerminier (1), ni se corona á sí misma reina de la civilizacion: se contenta con el lugar que ocupa en la gerarquía científica, y no usurpa lo que corresponde de justicia á las demás ciencias, que son como ella expresion de verdades distintas y completas, y no pueden estar en contradiccion con ninguno de los elementos que constituyen el órden universal.

La ciencia económica se halla en relacion necesaria con todas las ciencias sociales; pero tiene un parentesco más inmediato con la moral y el derecho.

El hombre, sér el más delicado, el más complejo y el primero en la escala de la creacion, es tambien el que siente mayor número de necesidades, que crecen con los medios de satisfacerlas, y se hacen innumerables por el influjo de la imaginacion y del sentimiento de lo bello. Son y no pueden menos de ser progresivas, porque el hombre es perfectible: intentar detener á la humanidad en ese movimiento contínuo, seria lo mismo que pretender que las aguas de los rios retrocedieran á sus orígenes. Dotados sin embargo de razon, de libertad y de responsabilidad, podemos contener nuestros deseos dentro de los límites de lo bueno, de lo justo y de lo útil.

Es ley de la vida y del progreso del hombre la satisfaccion de sus necesidades. Ellas ponen en ejercicio la actividad, extienden las alas de la inteligencia, alimentan el fuego de la esperanza, dan energía á la voluntad y sostienen al cuerpo en sus

rudos combates con la naturaleza. Toda necesidad no satisfecha es un sufrimiento, y como el deseo de satisfacerla se adelanta á los medios de conseguirlo, la humanidad está condenada á aspirar, trabajar y sufrir siempre. Mas si la felicidad pura, absoluta, completa, que la imaginacion sueña, se desvanece al tocarla, y su luz, sin oscurecerse enteramente á nuestra vista, huye siempre de nosotros, el bienestar relativo está en razon directa de los esfuerzos que la voluntad dirigida por el entendimiento hace para alcanzarle, ó lo que es lo mismo, es cada vez mayor, cuando observamos las leyes impuestas á nuestra naturaleza. El sufrimiento, dice Bastiat (2), destruye progresivamente sus propias causas, y sin él serian incomprensibles la perfectibilidad del individuo y los adelantos del género humano.

El hombre ama natural y necesariamente su propio bien, y porque sufre, quiere dejar de sufrir, y porque siente el dolor de la necesidad, quiere satisfaciéndola dejar de sentirle. El amor de nosotros mismos es el móvil que nos mantiene en accion incesante, que nos hace más fuertes que el leon, más veloces que el caballo, de vista más perspicaz que el águila y tan poderosos que nos obedecen la tierra, los vientos, el vapor y la electricidad.'

Ese amor, universal y permanente, es legítimo, porque es necesario: no es obra de las leyes ni de las costumbres, sino de Dios. Jesucristo reconoció su necesidad y su legitimidad cuando dijo: *amad á vuestro prójimo como á vosotros mismos.* Desgraciadamente el amor de nuestro propio bien se denominó en la ciencia interés personal, expresion apasionada segun la exacta calificacion de Bentham, y unos por ignorancia y otros de mala fe, han dicho que la Economía era la ciencia del egoismo. No: ese sentimiento que nos adhiere á la vida, por ingrata y penosa que sea, y que nos empuja al bienestar y á la perfeccion, no es el egoismo que estrecha los horizontes de la vida,

petrifica el alma y mata la caridad. Ese amor y el egoismo, léjos de ser una misma cosa, se contradicen y excluyen, porque el primero es expansivo y social, y el segundo quisiera encerrar el universo dentro de los límites de su pequeñez. El egoismo es una degeneracion del interés personal (3), como todas las malas pasiones lo son de sentimientos laudables: es ilógico como ellas, y al perjudicar á la sociedad, hace sufrir más aún al que se convierte en ídolo de sí mismo. El amor á los demás hombres, inclusos nuestros enemigos, es fuente fecunda de placeres purísimos para el alma. El grande Smith, el padre de la Economía política, era adversario de las doctrinas de la Rochefaucauld, de Maudeville y de Helvetius, y ha sido llamado por Cousin (4) el filósofo de la simpatía.

La Moral y la Economía política se auxilian y completan recíprocamente. El interés personal, aunque móvil poderoso de la actividad humana, no basta sin embargo para explicar la vida entera ni comprender las intimidades de nuestra naturaleza. El hombre, dice Minghetti (5), tiene intuicion de una ley moral objetiva é imperativa. No sólo sigue el impulso del interés, sino tambien el del deber; busca el bien no sólo porque es útil, sino porque es bien, y sirve á los demás por prudencia y por motivos desinteresados y generosos. La miseria es la sancion de la mala conducta económica, y el remordimiento la de la mala conducta moral: frecuentemente coexisten, porque aunque no digamos con Clarke que el amor de sí mismo es el principio de la virtud, tampoco podemos decir con Hutcheson que son contradictorios.

Tan cierto es que la Economía y la Moral influyen recíprocamente en su desenvolvimiento y progreso, que no hay ninguna doctrina económica importante que no facilite la práctica de la virtud, ni accion alguna prescrita por la Moral, que no haga más fecunda la productividad humana.

Son el objeto de la Economía política las leyes generales del

trabajo, que consiste, segun Cousin (6), en la accion del espíritu sobre sí mismo y sobre la materia. El trabajador no es un instrumento, sino la causa libre de sus propios actos. La accion muscular no existiria sin la accion del espíritu, y una obra material vale tanto más, cuanto más brilla en ella la luz de la inteligencia. Por eso tambien tanto más se eleva la civilizacion, cuanto más honrado es el trabajo (7). Cuando no se ven en este más que los esfuerzos corpóreos, se nivela al hombre con el bruto, y se le hace descender del trono que le corresponde como rey de la naturaleza. Reducir la ciencia económica á simples problemas de produccion material, es, como dice Droz, mutilarla y rebajarla; es olvidar que los productos se han hecho para los hombres y no los hombres para los productos (8).

El trabajo es una necesidad y un deber (9); sin él no podriamos vivir ni tendriamos medios de cumplir nuestro destino. ¿Qué serian los hombres condenados á un ocio absoluto y perpétuo? Si esto no fuera contradictorio, y por consiguiente imposible, serian séres inteligentes sin ideas, sensibles sin amor y animados sin movimiento. Condenar el trabajo es glorificar la ociosidad; pero como el hombre no puede dejar de ser activo, lo realmente glorificado seria la accion perturbadora de pasiones funestas.

No es el trabajo, dicen ciertos moralistas teóricos, lo que nosotros condenamos; es el becerro de oro á que levanta altares el economista, es la ponzoña de la sensualidad y del sibaritismo que envenena las sociedades actuales. Mas ¿por ventura ha nacido hoy el deseo de la riqueza? No: ese deseo es un deseo de siempre; no son las costumbres ni las caprichosas vicisitudes de la moda las que le han hecho nacer en nuestra alma; es obra de Dios, porque está fundado en las leyes de la naturaleza humana.

¡Inmoral la riqueza! ¿Será porque es precisa para conservar la vida de las plantas, de los brutos y del hombre? ¿Será por-

que con ella agrandamos la esfera de nuestras ideas, cultivamos la inteligencia de nuestros hijos, y purificamos su gusto literario y artístico? ¿Será porque con ella salimos de la abyeccion de la miseria, elevamos el sentimiento de la dignidad personal, educamos nuestro corazon para el bien, y poseemos más medios de ejercer la caridad? ¿Será porque con ella se ponen en ejercicio las facultades de mayor número de hombres, se establecen relaciones entre los pueblos más distantes de la tierra y se promueven su bienestar y mejoramiento?

¡La condenan porque puede producir el mal!... ¿Se conoce algo humano que no sea capaz de producirle? La Economía reprueba como la moral el abuso de la riqueza, porque destruye el capital, debilita y mata al hombre y seca las fuentes de la produccion.

Las leyes que rigen la actividad, se fundan en nuestra naturaleza entera, espiritual y corpórea, y no hay una sola causa general y constante de la productividad humana, que no lo sea de bien y de órden.

La libertad es la primera ley del trabajo. Sin ella el hombre desciende de la categoría de causa á la de simple fenómeno, de la de persona á la de cosa, de la de espíritu á la de materia. La libertad, esa legitimidad de todos, como la llama Girardin (10), consiste en la posesion de sí mismo (11). El que no se posee á sí mismo, es poseido por otro, y sin deliberacion ni voluntad propias, ejecuta lo que no ha deliberado ni querido. Sólo el hombre libre puede estudiar bien sus aptitudes, elegir la profesion en que tiene más esperanzas de triunfo, sentir el estímulo del interés y de la competencia, emplear los medios más eficaces de conseguir la victoria en las luchas industriales, y hacer su propio bien promoviendo el de los demás. El hombre libre cae y se levanta, el esclavo queda tendido en el suelo (12).

La libertad es una ley necesaria de nuestro espíritu. No hay deber sin responsabilidad ni responsabilidad sin libertad. La

vida del esclavo carece de fin propio, y se convierte en instrumento para la realizacion de un fin ajeno. Sin dignidad no hay moralidad y sin libertad no hay dignidad. Se ven las apariencias de la virtud; pero la virtud no existe: queda sólo la falsa belleza de la hipocresía, bajo la que se oculta el vicio, como la víbora entre las flores.

La libertad, se dice por sus enemigos, produce la concurrencia, y la concurrencia la anarquía, la injusticia, el fraude, la miseria de los más y el monopolio de los menos. Aunque estos hechos cuya falsedad demuestra el economista, fueran verdaderos, la acusacion no se dirigiria contra la ciencia del trabajo, sino contra el autor de las leyes que le rigen. La libertad no es la ausencia de la regla, sino la regla misma (13). La concurrencia más ó menos libre y extensa ha existido siempre; porque siendo la organizacion natural de las sociedades, no puede sustituirse con organizaciones artificiales ideadas por entendimientos enfermos. Fuera de la concurrencia, dice Proudhon, no hay mas que la mistificacion y la hipocresía (14). La concurrencia hace más inteligente, más activo y más perseverante el trabajo del hombre, facilita la adquisicion de los productos de países lejanos, y ha sido y es orígen de admirables descubrimientos (15). Se la acusa de anárquica, y sin embargo con ella adelantan y prosperan las naciones. Se la acusa de injusta, y el triunfo corresponde siempre en los mercados al que produce mejor y con más baratura, es decir, al que más hace en favor de los demás hombres. Se la acusa de fraudulenta, y el fraude aleja á los consumidores del productor que lleva sobre su frente el estigma del descrédito. Se la acusa de productora de la miseria (16), y con ella se aumenta la demanda de brazos, bajan los precios, crecen los consumos y se enriquecen los pueblos. Se la acusa, por último, de ser causa del feudalismo industrial y del monopolio de los ricos (17), y sin embargo por ella es cada vez mayor el número de los pequeños talleres (18).

Para satisfacer las necesidades humanas con el menor esfuerzo posible, deben emplearse los medios y procedimientos más convenientes. El productor tiene que obrar con arte, conjunto de reglas no arbitrarias, sino fundadas en la naturaleza de las cosas. No hay arte sin ciencia: cuanto mejor se conocen la naturaleza de los séres y las leyes que los rigen, tanto más fácilmente se ponen en correspondencia práctica los medios con los fines. Por eso la ciencia es condicion necesaria del trabajo, y los grandes progresos industriales han sido precedidos de grandes progresos científicos.

Pero no sólo es productora de riqueza; lo es tambien de prudencia, de templanza y de justicia.

Emollit mores nec sinit esse feros (19).

Si no se necesitara para practicar el bien, bastaria un empirismo ciego, desconocedor de la razon de sí mismo, sin conciencia de lo bueno y de lo malo, y determinado en sus voliciones por los impulsos del momento. Para seguir el camino del deber, no basta el sentimiento, si la antorcha de la razon no le ilumina: el sentimiento extraviado por las supersticiones reputa no sólo moral, sino heróico y sublime, el sacrificio que el indio hace de su vida, dejándose aplastar por el carro de sus ídolos. Cuanto más se adelanta en la ciencia, dice una antigua escritora (20), tanto más se adelanta en la virtud.

Los hombres son desiguales en aptitudes, y de esa desigualdad indefinida nace la armonía de la variedad con la unidad. En ella se funda la ley de la division del trabajo. Distribuyendo entre los productores las operaciones industriales, se hace más diestro el trabajador, se economiza tiempo, se facilitan las invenciones, se abaratan y perfeccionan los productos, y el obrero de condicion más humilde satisface en un dia más necesidades, que las que abandonado á sí mismo pudiera satisfacer en muchos siglos (21).

Por esta distribucion todos los hombres sin saberlo trabajan para cada uno y cada uno para todos, tienen unos interés en la prosperidad de otros y es posible la solidaridad del género humano; sin embargo, muchos que lamentan la propagacion de la ciencia y quisieran cortar al águila sus alas, acusan á la division del trabajo de embrutecer al obrero, porque estrecha el círculo de su actividad. ¿Es fundada esta acusacion? ¿La justifican la razon, la experiencia ó la estadística? La estadística nos presenta la ilustracion de los obreros en rápido y creciente progreso (22), la experiencia nos enseña que el atraso intelectual es mayor en los campos que en las fábricas, y la razon demuestra que la division del trabajo aumenta la riqueza y por consiguiente los medios de educar é ilustrar la inteligencia de los trabajadores.

La division del trabajo supone la cooperacion de esfuerzos para el logro de un mismo fin, y es la expresion más clara de la sociabilidad (23); pero además de esa asociacion tácita se necesitan otras expresas que reunan para un objeto comun y concreto las fuerzas individuales. Valen estas tanto más, cuanto más se auxilian las unas á las otras, y sólo acumulándolas y unificándolas es posible cortar los grandes istmos, cruzar de vías férreas dilatadas regiones y convertir en oasis los desiertos.

La asociacion no sirve sólo para multiplicar las fuerzas del hombre, sirve tambien para su mejoramiento moral. En su forma necesaria (24), nos ha sido impuesta para el cumplimiento de las leyes físicas, intelectuales y morales que rigen la humanidad (25), y en sus formas voluntarias, accidentales y pasajeras, es causa de que aproximándose los hombres se conozcan mejor, toleren recíprocamente sus faltas, se presten mútuos servicios y se unan por los vínculos del agradecimiento. Las sociedades pueden ser pretexto para la estafa y el fraude; mas ¿qué institucion por veneranda que sea, no ha dado ocasion en el curso de los siglos á los crímenes más espantosos?

La historia de la produccion es la historia de los combates del espíritu humano consigo mismo y con las resistencias de la materia. El hombre, á pesar de su debilidad, ha obtenido la victoria sobre las fuerzas gigantescas de la naturaleza; pero no hubiera podido obtenerla sin armas cada vez más eficaces. Al principio tuvo que luchar cuerpo á cuerpo, y luego forjó y usó el instrumento poderoso del capital. Para vencer la ignorancia se valió de las aptitudes producidas en el espíritu, y para someter la naturaleza empleó á la misma naturaleza vencida. El capital se formó con lentitud en los primeros tiempos; mas segun va aumentándose, crece su fuerza acumuladora con mayor celeridad. *Vires acquirit eundo.* Hoy las naciones que tienen más capital, son las primeras en civilizacion y cultura.

Lo son tambien bajo el punto de vista moral, porque los capitales se forman con dos de los instrumentos más poderosos de la moralizacion humana, el trabajo y la economía. Sin economía, dice Séneca, no hay riquezas bastante grandes, y con ella no las hay demasiado pequeñas. La economía, que es el órden doméstico, la frugalidad, la abnegacion y el sacrificio, produce hábitos humildes, fomenta las virtudes sencillas, y pone obstáculos á la vanidad y á las liviandades, á la ostentacion y á la disipacion. La economía nivela al de humilde fortuna con el pródigo opulento, porque segun la expresion de Ciceron, es una gran renta producida por el órden y la laboriosidad.

Hay, sin embargo, un capital que ha sido condenado por ciertas escuelas como productor del pauperismo, de la ignorancia y de la degeneracion de las clases trabajadoras. La maquinaria, dice Proudhon, es un cólera siempre insaciable y siempre progresivo. Arroja al trabajador de su puesto, acumula en el capitalista toda la riqueza social, deja para el obrero algunas migajas debidas á la compasion, arranca á la mujer y al niño del hogar doméstico, y lleva por todas partes el desconsuelo, la ira y la muerte.

Los que declaman de esta manera, ó tienen oscurecida la vista con el polvo de las ruinas de lo pasado, ó en alas de la fantasía navegan entre las nieblas del porvenir. Ciegos unos y otros, no ven que con las máquinas se ha aumentado el número de trabajadores, ha crecido el de las fortunas medias, los salarios son generalmente más altos, y las mujeres y los niños poseen recursos antes desconocidos. Si en el momento de aparecer una máquina nueva se sienten tristes perturbaciones, la nube se disipa, y la conquista es para todos. El mismo Proudhon (26) llama á la maquinaria símbolo de la libertad, y la califica bien, porque con ella dominamos la naturaleza, y de esclavos nos convertimos en señores.

Inmenso es el poder del capital; pero pronto se extinguiria en la inercia si la propiedad no le vivificase. La propiedad individual ha sido, es, y será siempre, el único estímulo permanente de la produccion. La comunal es tanto más débil, cuanto más se extiende el número de los partícipes (27), el atractivo de la novedad (28) no puede ser un móvil duradero, el entusiasmo (29) es fuego de pocos instantes, la rivalidad (30) seria un pálido reflejo de la concurrencia económica, la fraternidad (31), excitando y sosteniendo el trabajo, no será nunca más que un bello sueño, y el honor industrial (32) servirá de prenda de buena fe y de probidad, pero no de motivo de perseverancia en tareas rudas y penosas.

Si se suprimiese la propiedad individual, ¿con qué se llenaria su vacío? ¿Seria con la injusticia de los niveladores, que sólo aborrecen la propiedad ajena? ¿Seria con los sistemas socialistas que la destruyen sin valor ni franqueza prra confesarlo? ¿Seria con el comunismo que mata la economía, el trabajo, la libertad y la familia, y erige la discordia en sistema de gobierno? El siglo de oro no está detrás, sino delante de nosotros (33); el comunismo, por el contrario, no está delante, sino detrás, porque, como afirma Bastiat (34), el punto de partida

del género humano fué una comunidad completa, una perfecta igualdad de miseria, de desnudez y de ignorancia.

La propiedad, condicion esencial del perfeccionamiento del hombre, no existe por la voluntad de los poderes públicos. Consecuencia de nuestra personalidad, acaso pudiera desaparecer en un momento de vértigo y de locura; mas bien pronto renaceria con el restablecimiento de la libertad. Causa y efecto de esfuerzos incesantes, de abnegacion y de privaciones, produce hábitos de templanza y amor al trabajo, á la familia y al órden.

Tiene, no obstante, enemigos que la impugnan, porque produce la distincion entre los pobres y los ricos. Esta distincion, que llaman injusticia los socialistas y desgracia los amigos cándidos, no es ni desgracia ni injusticia. Si no hubiera ricos, todos seriamos pobres, y cada vez más pobres; porque los hay, los pobres lo serán cada vez menos, y muchos dejarán de serlo (35). Distribuido el capital en pequeñas partecillas, desaparecerá como las gotas de rocío evaporadas por el sol; recompuesto en masas mayores, activará el trabajo, fecundará la tierra y satisfará las necesidades del mayor número. Los ricos no sólo son necesarios para aumentar la potencia del capital, sino tambien para hacer más delicado el sentimiento de la belleza, llevar á cabo árduas empresas, sostener el trabajo más inteligente y menos comun (36), y evitar con su mediacion las bruscas alteraciones de los precios provocadas por las escaseces de los pobres.

Impútase tambien á la propiedad el grave cargo de ser causa de una distribucion desigual é injusta de los productos anuales. Podrá ser desigual, pero no injusta: no hay injusticia en proporcionar la remuneracion á los merecimientos de los partícipes. La distribucion se verifica entre los que concurren á la produccion, y la parte de cada uno es proporcional á la necesidad de los servicios, graduada por la relacion entre la demanda y la oferta. Los trabajadores más laboriosos y de más talento ganan mayores salarios porque prestan mayores servicios. Esta desigual-

dad hace posible la manifestacion constante de la desigual potencia de las facultades humanas, y el que los productores de la vanguardia alienten y estimulen á los que caminan con más lentitud. Si en diversas industrias con igual trabajo se obtiene desigual retribucion, es porque unas se necesitan más que otras, y de esa manera sigue la actividad la direccion más conveniente para el cumplimiento de los fines del hombre.

Aceptan algunos la desigual remuneracion del trabajador; mas repelen, como inícuo, que el capitalista y el propietario participen de los productos del trabajo. «¿Qué es el capitalista, segun Proudhon? Todo. ¿Qué debe de ser? Nada.» Si el capitalista no fuera nada, bien pronto el capital y el trabajo formarian una ecuacion de ceros. Admitida la desigualdad de retribuciones, la lógica exige la admision de la propiedad del capital, y consiguientemente la legitimidad de su interés, porque seria un contrasentido reconocer una propiedad que produjera para todos menos para su dueño.

Siendo la propiedad de la tierra condicion precisa de los progresos agrícolas y del perfeccionamiento humano, la renta que produce es tan legítima como el interés de los capitales. ¿Quién querria incorporar su fortuna, su trabajo, su sudor y su sangre en una tierra cuyos frutos no habian de comer ni él ni sus hijos? El primero que cercó una tierra y dijo «esto es mio,» fué el verdadero fundador de la agricultura y uno de los principales bienhechores de la humanidad.

A pesar de la desigual reparticion de los productos, las distancias entre los hombres se disminuyen y se eleva el nivel de las clases inferiores. «El desenvolvimiento gradual de la igualdad de condiciones, dice Tocqueville, es providencial, universal, durable, independiente del poder humano; todos los sucesos contribuyen á su realizacion.» La Economía política y la Estadística confirman esta verdad. El salario está en razon directa del capital é inversa de la poblacion (57), y el interés en razon di-

recta de la poblacion é inversa del capital. En las naciones civilizadas crece este más rápidamente que aquella, y por eso «á medida que los capitales se aumentan, se aumenta tambien la parte *absoluta* que corresponde á los capitalistas y se disminuye la *relativa*. Por el contrario, la parte de los trabajadores se aumenta *absoluta* y *relativamente*» (38). Esta diferencia no se opone, sin embargo, á la solidaridad del trabajo y del capital: el segundo no puede salir de su inercia sin la intervencion del primero, y este tiene escasa potencia sin el auxilio de aquel. Si en algunos pueblos parece que la subida progresiva de la renta de la tierra contradice estos principios, este hecho no debe reputarse ley económica, sino un fenómeno anormal sostenido artificialmente por los obstáculos que la ley opone á la libertad del comercio. No se verifica además ningun progreso industrial que no aumente el número de las utilidades gratuitas y comunes, no mejore la suerte de los pobres, y no acorte la distancia que los separa de los ricos.

La propiedad, como todos los derechos que tienen su raíz en nuestra naturaleza y son anteriores á la ley, no desaparece por la violencia, pero se esteriliza si no es respetada: una nacion en que no haya seguridad de gozar del producto del trabajo, no saldrá nunca de la ignorancia y de la miseria (39).

La propiedad quedaria tambien mutilada é incompleta sin el cambio, gran fuerza centrípeta que une las fuerzas individuales al cuerpo social. El cambio hace posible la division del trabajo, pone en accion los capitales, completa á unos hombres con otros, y realiza el hecho admirable de aprovecharse uno de la obra de cien mil. Hegel ha calificado de atomística á la sociedad moderna, porque sus elementos viven desagregados, y chocan entre sí por falta de cohesion; pero impresionado por el espectáculo de la variedad, no ha visto la unidad ni el órden social fundado en la armonía de ambas. Tenemos que trabajar unos para otros bajo pena de muerte, porque un hombre aislado no

podria vivir aunque todo el mundo fuera suyo (40). Lo mismo en el órden intelectual que en el material, el cambio es expresion de servicios mútuos: ningun hombre puede verlo todo, y es más fácil aprender que inventar (41).

Segun Montaigne (42), la ganancia de uno es pérdida de otro; y segun Voltaire (43), desear la grandeza de la patria es desear el mal de los vecinos. Si esto fuera exacto, el cambio seria una de las mayores perturbaciones sociales, y el género humano, que no puede vivir sin cambiar, estaria condenado á una inmoralidad perpétua. La ciencia económica ha demostrado, no sólo que en el cambio ganan los dos contrayentes, sino tambien que comprándose unos productos con otros, no hay productor que no esté interesado en el aumento de productores para aumentar el número de compradores (44). ¿Qué haria Inglaterra de su inmensa produccion, si el mundo se convirtiera en un desierto? La agricultura tiene interés en la prosperidad de las manufacturas, esta en la de aquella, el comercio en la de una y otras, las ciudades en la de los campos y las naciones en su mútuo enriquecimiento.

Pero ¿puede ser moral el cambio, estando el valor de las cosas en razon inversa de su utilidad? ¿No es esta, como dice Proudhon, una contradiccion en el mismo umbral de la Economía política? Léjos de serlo, es una ley armónica que explica la existencia y la propagacion de la especie humana. Lo más útil, ó no tiene valor, ó le tiene escaso, y puede adquirirse sin esfuerzo ó con esfuerzos pequeños. ¿Qué seria del hombre si tuviese que comprar al precio de las piedras preciosas el aire que respira? El progreso económico no consiste en satisfacer las mismas necesidades con una cantidad de valores cada vez mayor, sino con cantidades cada vez más reducidas: no se crea por eso que decrece la suma total; recibe diariamente nuevos aumentos, porque las necesidades son progresivas, y el trabajo ley de nuestra naturaleza perfectible.

El cambio se desnaturaliza cuando carece de libertad. Libre lleva su calor fecundante á todos los pueblos, y une las manos y los corazones de todos los hombres; pero si se le achica y aprisiona dentro de líneas artificiales trazadas por la fuerza, no hay que esperar entre los Estados más que rencores y represalias injustas. En vez de contener sus movimientos expansivos, déjesele volar en alas del vapor y de la electricidad. Déjese que las cintas de hierro que ciñen las naciones se extiendan y multipliquen, y que se forme un vasto sistema vascular por donde circule rápidamente la sangre de la humanidad entera. Déjese que los pueblos se comuniquen por ellas sus sentimientos, sus ideas y sus voliciones, y en ese universal concurso se verá triunfar á la verdad del error, á la virtud del vicio y al derecho de la injusticia.

Si el cambio hace mejores á los hombres, contribuirán tambien á su mejoramiento los medios de facilitarle y extenderle. Entre ellos figura principalmente la moneda: cuando los gobiernos la adulteran ó falsifican, olvidan que es una mercancía sujeta á las leyes generales de los valores, y cometen un inícuo despojo bajo el amparo de la impunidad. Lo indigno de su conducta no les ha detenido en su carrera de injusticia y de perdicion, hasta que la Economía política ha venido á enseñarles que la inmoralidad era contraria á sus intereses. Hoy ya los gobiernos no adulteran la moneda, y el triunfo de lo útil ha sido tambien el triunfo de lo justo.

Los documentos de crédito desempeñan con grandes ventajas las funciones monetarias; pero deben representar valores realizables. Los gobiernos no pueden dar valor por medio de la fuerza á las cosas que no le tienen, y cuando arrojando tiras de papel al mercado, han dicho «eso es dinero,» la sociedad ha elevado los precios y el papel no ha sido más que papel. El quebrantamiento de las leyes económicas, lo ha sido tambien de las morales; los infelices acreedores se han visto despojados

de sus legítimos derechos, y al cambio ha sucedido un juego miserable é indigno.

El crédito, vínculo del capital y el trabajo, facilita el ahorro y la acumulacion, arranca de la inercia á los hombres y los medios de producir, los lleva á donde se necesitan, é imprimiéndolos un rápido movimiento de circulacion, aumenta los productos y multiplica los capitales. Une á las naciones por empresas comunes, y no puede existir sin buena fe, sin probidad y sin órden. Se ha abusado y se abusa del crédito; pero esos extravíos no sólo son condenados por la moral, sino tambien por la Economía política. El que viola la santidad de las promesas, además de sentir sobre su conciencia el peso del remordimiento, pierde la confianza y la estimacion públicas, y no halla quien acuda en su auxilio en las horas de afliccion y de angustia.

Las más sorprendentes maravillas del crédito, se realizan en los tiempos modernos por el influjo de la asociacion y de los bancos, que reuniendo las economías del pobre y las riquezas del poderoso, hacen que las vivifiquen el talento, la actividad, la prudencia y la perseverancia. «Por medio de los bancos, dice Coquelin (45), los anglo-americanos han conquistado todo un mundo en el desierto, y arrancándolo como á la nada, le han elevado á un grado de esplendor comercial que los viejos pueblos más florecientes no han conocido.»

¿Qué importa, dirán los pesimistas, que crezca el poder de las fuerzas productivas, si el problema pavoroso de la poblacion nos amenaza fatalmente con la miseria, caja de Pandora, de la que se escapan los males, extendiéndose por toda la tierra (46)? La poblacion es un gigante, creciendo siempre, que consume más de lo que produce, y que no teniendo qué devorar, se devora á sí misma.

No puede negarse que el poder de propagar la vida es superior al de conservarla. Las especies vegetales y animales llena-

rian en poco tiempo toda la tierra, si no las faltasen condiciones de existencia. La poblacion, segun Malthus, creceria en progresion geométrica, si no encontrase obstáculos en su desenvolvimiento; pero además de la ley de multiplicacion, hay otra de limitacion que se opone al desarrollo de la primera. La limitacion se verifica por represion y por prevision. La muerte producida principalmente por la miseria, es el obstáculo represivo. La prevision impide las uniones imprudentes que dan nacimiento á séres que no pueden vivir. Si la muerte fuera el único medio de restablecer el equilibrio entre la poblacion y las subsistencias, el pauperismo seria una llaga social cada vez más profunda, la humanidad estaria condenada á un malestar progresivo y la ciencia económica y la moral, pugnarian en perpétua contradiccion. Mas no: las dos concurren al bien del hombre, aconsejando el trabajo y la prudencia; las dos condenan los enlaces insensatos, cuyos frutos son la desesperacion y la indigencia: las dos han hecho que sea mayor la disminucion relativa de los nacimientos y defunciones (47). La vida media es cada vez más larga (48), y triunfando la prevision de la muerte, se realiza uno de los progresos más importantes en el órden material y moral. Con razon ha dicho Julio Simon (49), que nadie puede salvar al obrero de la miseria, más que el obrero mismo. Gracias al contenimiento que el deber impone, y el interés aconseja, léjos de traspasar la poblacion los medios de vivir, estos se aumentan más rápidamente que ella (50), y la holgura y el bienestar se generalizan. La poblacion por otra parte lleva en sí misma los gérmenes de la riqueza, y cuanto más se condesa, mayor es la eficacia del trabajo y del capital. Muchas veces hallan los hombres dificultad de vivir en una vasta extension de terreno, y otras viven en la abundancia en una porcion pequeña (51).

El progreso del trabajo no se verifica á expensas del trabajador, ni la produccion inmola á los productores (52). La esta-

dística con la autoridad irrecusable de los números, nos enseña que el pauperismo en vez de crecer disminuye (53). Los salarios son generalmente mayores (54); las pestes arrastran en su corriente menor número de víctimas (55); las hambres terribles que despoblaban antes comarcas enteras, ya no se conocen (56); el consumo individual de sustancias alimenticias crece (57); el número de niños que asiste á las escuelas, se aumenta (58); la caridad es cada vez más ingeniosa para dar consuelos á todos los infortunios (59), y por todas partes se advierten los saludables efectos de la higiene, y se acrecientan sin cesar los ahorros de los pobres (60).

Si en algunos países, ó por imprudencia ó por falta de capitales ó por otras causas, la poblacion eleva su nivel sobre el de las subsistencias, Dios no permite que los infelices que sobran, mueran asfixiados en una atmósfera infecta y reducida. Un horizonte inmenso se dilata ante sus ojos, y millares de campos vírgenes, esperan que el productor abra su seno. La emigracion es un hecho providencial, sin el que la mayor parte del mundo estaria desierta. Los vientos, dice L. V. Gasne (61), no llevan á las soledades con los gérmenes de las plantas las semillas de la especie humana; es necesario que la escasez arranque á los hombres del lugar de su nacimiento, y les impela á llevar el influjo de su espíritu á todas las regiones de la tierra.

Examinado el aspecto moral de la Economía política, conviene examinar el aspecto económico de la Moral. ¿Cuál es el fin moral del hombre? Wolf lo ha dicho en las siguientes palabras: «Haz de manera que cada vez te acerques más á la perfeccion, y para conseguirlo procura tambien el perfeccionamiento de los demás.» ¿Cuál es el fin de la Economía política? ¿No consiste en la satisfaccion de nuestras necesidades por medio del trabajo? ¿Y para qué las satisfacemos, sino para existir y obtener el mayor perfeccionamiento y bienestar posible?

No hay ningun deber cuyo cumplimiento no sea preciso para la realizacion de los fines económicos: el estado moral de un pueblo nos da la medida de la productividad de su trabajo.

El hombre, espíritu y cuerpo á la vez, tiene deberes para con entrambos. No llega nunca á la perfeccion; mas siendo perfectible, debe trabajar para promover su mejoramiento.

Sér con inteligencia, no la ha recibido para marchar á ciegas por el camino de la vida. Tiene el deber de investigar la verdad, y para cumplirle necesita dar extension y fuerza á sus facultades intelectuales. Dotado de sensibilidad y de voluntad, está obligado á educarlas y dirigirlas, la sensibilidad para amar el bien y odiar el mal, y la voluntad para que, poseyéndose plenamente á sí misma, se decida por motivos nobles y dignos, sin que la seduccion la doblegue, ni el miedo la quebrante. Sér corpóreo, no sólo debe conservar su existencia material, sino proveer á sus órganos de las condiciones mejores, para que cada cual funcione conforme á su destino.

¿Cuáles serian los resultados del trabajo del hombre, si infringiera sistemáticamente estos deberes? Detengamos el vuelo de la inteligencia, y los productos de la industria serán como la casa del castor, el panal de la abeja ó el granero de la hormiga. Nuestra actividad se ejercerá de una manera instintiva y siempre igual, y sólo nuestras necesidades se aumentarán progresivamente para perpétua tortura de nuestra alma.

No eduquemos nuestra sensibilidad, si nos son indiferentes la deformidad y la belleza; pero si creemos que el sentimiento de lo bello nos alienta en la ruda fatiga con que la humanidad persiste en la realizacion de sus ideales, cultivémosle con el esmero con que se cuidan las flores más delicadas, sin permitir que el sol las marchite, ó el viento las deshoje.

No cumplamos el deber de educar la voluntad, y sufrirémos, no sólo los efectos del desórden moral, sino tambien los del económico. Cuando la voluntad no se posee plenamente á sí

misma, el trabajo no tiene iniciativa ni fin propio; cuando se decide por motivos frívolos, no se satisfacen las necesidades más importantes, y cuando es débil ó instable, nuestras obras quedan incompletas é inútiles.

Si los sentidos son torpes y el organismo entero carece de salud, robustez y agilidad, ¿dónde encontrará el espíritu los medios materiales necesarios para luchar con la naturaleza? La higiene y la gimnasia, aunque distintas de la moral, son sin embargo condiciones del cumplimiento de nuestros deberes (62).

El hombre no vive solo en el mundo. No tiene únicamente deberes para consigo mismo; los tiene tambien para con los demás.

Dos palabras los compendian: justicia y caridad.

Jus suum cuique tribuere, *neminem lædere*, esa es la justicia; mas para ser justos moralmente, no basta respetar el derecho ajeno por interés ó por temor del castigo: es necesario hacerlo desinteresadamente y en cumplimiento de un deber. Sin esta condicion podrá haber justicia externa pero no moralidad.

La caridad es el amor, que, como dice Leibnitz, consiste en el placer que gozamos con la felicidad ajena. Amar al prójimo como á nosotros mismos, es el ideal de la moral. Si el interés nos aconseja que seamos cada vez mejores, la caridad, ese rocío del cielo que cae sin ruido (63), exige que contribuyamos al perfeccionamiento de nuestros semejantes. La ciencia económica lo exige tambien, porque promoviendo el desarrollo de sus facultades, fecundamos la fuente más copiosa de la produccion.

La caridad sin embargo, no nos obliga á hacer por el prójimo lo que puede y debe hacer por sí mismo. De lo contrario el trabajo no seria obligatorio para todos, y muchos vivirian á expensas de los demás. El estímulo más eficaz del perfeccionamiento humano, es el de las necesidades que tenemos que satisfacer con el esfuerzo propio sin esperanza del ajeno. Enjugu

mos las lágrimas del infortunio, y partamos nuestro pan con el infeliz que le necesita y no puede adquirirle; pero no quitemos al pobre la responsabilidad económica de sus actos, ni demos esperanzas de impunidad al ocio y á la disipacion. La caridad, una de las primeras virtudes, imprudentemente ejercida, puede ser una de las calamidades más funestas (64).

Entre los miembros de una misma familia hay obligaciones recíprocas que no se extienden al resto de la sociedad. Aunque la moral no las prescribiera, la ciencia económica las aconsejaria, porque sin el órden familiar y doméstico, el trabajo de unos seria imposible, el de otros insuficiente y el de los más poco productivo.

Las sociedades políticas suponen deberes mútuos de los sócios, y especialmente de los gobernantes respecto de los gobernados, y de los gobernados respecto de los gobernantes. El Gobierno necesita el concurso de la sociedad, y esta no puede existir sin un poder que protegiendo los derechos de todos, haga que coexistan armónicamente, é impida la lesion de unos por la extension indebida de los otros. La sociedad debe al Estado los auxilios materiales y morales que necesita para llenar cumplidamente sus fines, y el Estado debe á la sociedad, justicia, seguridad y órden, sin los que no puede haber más que la abyeccion del esclavo, la desolacion de los pueblos salvajes, ó á lo más el estado pobre y enfermizo de Persia ó de Turquía.

Creer y *amar*, esta es la sencilla fórmula que expresa nuestros deberes para con Dios. Debemos creerle, porque es la sabiduría infinita, y amarle sobre todas las cosas, porque es la infinita perfeccion. Las ideas morales sin la idea de Dios, son un edificio de arena fundado sobre el viento, y sin ellas dejarian de ser obligatorios el ahorro y el trabajo.

Es tan admirable la armonía que resplandece en el sistema de la vida humana, que no hay una causa de degradacion moral, que no lo sea, próxima ó remota de debilidad y de indigencia.

La pereza que enerva las facultades morales, es la negacion de la industria. La codicia que para aumentar los productos de un dia exige al productor esfuerzos excesivos, le inutiliza para la produccion de muchos años.

La gula, la embriaguez y la lujuria, disipan los capitales y debilitan y matan á los trabajadores.

La ignorancia y el error voluntarios dejan la actividad sin guia, y la imprudencia es tan torpe en producir como liviana en gastar.

La grosería, embotando las necesidades estéticas, da á los productos formas cada vez menos bellas.

La avaricia priva al cuerpo y al espíritu de la sávia que los conserva y hace productivos, y la prodigalidad es como el insensato, que para gozar un instante del brillo de la llama, arroja á una hoguera su fortuna. Los avaros, dice Aristóteles, atesoran como si hubieran de vivir perpétuamente, y los pródigos disipan como si fueran á morir.

El ambicioso no ve más que la altura que le fascina, y para escalarla pierde su patrimonio y su sosiego, y no escasea su sangre ni la de sus hijos.

La temeridad destruye más que produce, y la pusilanimidad impide que gérmenes fecundos florezcan y fructifiquen.

De la debilidad nace la desconfianza de nosotros mismos, de esta la desesperacion, y de la desesperacion el suicidio, que es la mayor de las debilidades.

Fortiter ille facit, qui miser esse potest (65).

La envidia da nacimiento á rencores y luchas industriales, en que la pasion, imprudente consejera, pierde siempre la victoria.

La ingratitud limita el cambio de los servicios recíprocos, y la perfidia hace nacer la alarma, epidemia la más funesta para las relaciones comerciales.

La mendacidad disminuye los contratos, y se opone á la

circulacion, y la impudencia es la infamia y la preparacion para el crímen, enemigo de toda actividad legítima.

La Economía política, siempre de acuerdo con la Moral, no puede estar en contradiccion con el Derecho. El Derecho y la Moral tienen el mismo centro, pero no la misma circunferencia (66). No todo lo que la Moral prescribe, lo prescribe el Derecho; mas este no puede prescribir nada que quebrante los preceptos de aquella. El Derecho, como toda ley científica, no existe por la voluntad de los hombres, porque como dice Montesquieu (67), afirmar que nada hay justo ni injusto, sino lo que mandan ó prohiben las leyes, es lo mismo que sostener que antes de trazar un círculo, no eran iguales todos sus rádios. El Derecho en su esencia no varía nunca; lo que cambia es sólo la forma que la humanidad le da, son las instituciones que edifica sobre su base inmutable (68). La ciencia económica, menos extensa que la moral, tiene más extension que el Derecho. No hace obligatorio éste todo lo que el economista aconseja á los productores; pero no hay ninguna verdad jurídica con la que no estén en armonía las verdades económicas. Si los servicios recíprocos de los hombres, necesarios para el cumplimiento de su destino, no fuesen obligatorios y exigibles, la sociedad desapareceria, y el trabajo seria impotente para satisfacer las necesidades humanas.

La libertad, primera de las condiciones económicas del trabajo, es tambien el primero de los derechos. Sin ella el hombre se convierte en una mercancía de que el dueño dispone para el medro de sus intereses. El Derecho, aunque invariable, es progresivo en su aplicacion; por eso la libertad progresa en el mundo y con ella la riqueza, la dignidad y la moralidad.

El hombre muere; mas no hay solucion de continuidad en la vida del género humano. Los individuos se reproducen en los séres á quienes comunican su propio sér. Para esa comunicacion sucesiva de la materia y del espíritu, no bastan las uniones

pasajeras de los brutos; se necesita una sociedad fundada y sostenida por el amor, el deber y el interés. La familia no es obra de la ley escrita; el amor en que se funda, y que casi identifica las existencias y las funde en una sola, no nace por el influjo de la historia y de las costumbres, nace porque somos hombres y forma parte de nosotros mismos.

No hay familia sin matrimonio, ni verdadero matrimonio sin monogamia. El libertinaje abandona los hijos á los azares del mundo sin cuidarse ni de su inteligencia ni de su cuerpo. La poliandria, que es la prostitucion á la luz del dia (69), ha existido sólo por excepcion. La poligamia, ó más bien poliginia, ha sido un hecho importante en la historia de los pueblos; mas no por eso deja de ser la esclavitud y la degradacion de las mujeres, el despotismo y la debilidad de sus dueños, un monopolio irritante de los ricos y un crímen contra la naturaleza que ha hecho casi igual el número de hembras y varones. La familia en que el órden es la prosperidad y el desórden la miseria, se convierte en haren por la poligamia. En esa institucion no hay intereses comunes, no se sienten estímulos ni para trabajar ni para economizar; los celos son fuente inagotable de perturbacion doméstica, y los muchos hijos producen la indiferencia paterna y la dificultad de educarlos y hasta de alimentarlos. La familia supone la indisolubilidad del matrimonio, indispensable para la convergencia de los esfuerzos de los cónyuges y de los hijos, y para la buena educacion de estos.

El hijo tiene derecho á exigir del padre que conserve y mejore, mientras no puede hacerlo por sí mismo, la vida material y espiritual que de él ha recibido; pero en cambio al padre corresponde el de exigir la obediencia y respeto filiales, sin los que no se conciben ni la autoridad ni el órden.

El derecho de propiedad se deriva necesariamente de nuestra personalidad. Es además condicion precisa del trabajo, y por consiguiente de nuestra conservacion y progreso. Lo que la

desnaturaliza, desvirtúa el trabajo y se opone á la produccion y á la justicia.

La propiedad no existe por la ocupacion ni por la convencion ni por la ley, sino porque tiene su raíz en nuestra naturaleza. La ocupacion, sin embargo, ha sido un medio legítimo de adquirir, porque sin materia ú objeto natural ocupable, la primera produccion hubiera sido imposible. La accesion procede lógicamente de la propiedad, y la adquisicion por traslacion voluntaria de los derechos reales es la base del cambio y de la circulacion.

El hombre no trabaja sólo para la hora que corre; trabaja tambien para un porvenir que no será suyo. Para sostenerle en sus penosos esfuerzos no basta una propiedad pasajera como su vida; es preciso que se trasmita á los que, llevando su recuerdo en el alma, bendigan su tránsito por el mundo. La facultad de testar y la sucesion abintestato que la completa, son por esa causa un derecho y un medio eficacísimo de produccion.

La forma jurídica del cambio es el contrato. El Derecho y la Economía política están de acuerdo en no dar validez á los convenios, cuando no hay verdadero consentimiento, ó se ofenden la justicia ó las buenas costumbres: lo están igualmente en condenar las limitaciones absurdas que lastiman la propiedad y embarazan el movimiento circulatorio de la riqueza.

Los derechos serian inútiles, si no fueran inviolables. Los delitos que los atacan, deben ser seguidos de una sancion penal que los reprima. Cuando las penas son injustas, ineficaces ó sublevan contra ellas la indignacion pública, pervierten la conciencia, producen la impunidad, extienden la alarma y paralizan la accion productora del capital y del trabajo.

Las leyes adjetivas realizan el pensamiento de las sustantivas. Si retardan, dificultan ó tuercen la aplicacion del derecho, retardan, dificultan y desvirtúan los efectos económicos del órden jurídico.

Cuando los derechos individuales se desconocen, y las cons-

tituciones políticas no dan garantías de que serán respetados, las fuentes de la produccion se secan, ó se achican y se enturbian. La vida industrial y comercial no se encuentra en los vastos imperios de Oriente ni donde el despotismo tiene helada de espanto la sangre de los productores: la animacion y la inteligencia brillan en Fenicia y en los pueblos griegos de la antigüedad, en las Ciudades Anseáticas y en las repúblicas italianas de la edad media, y en Holanda, en Inglaterra y en las naciones civilizadas de los tiempos modernos. Los déspotas, dice Montesquieu (70), son como los salvajes que derriban á hachazos el árbol cuyos frutos quieren coger.

La teoría económica y la administrativa son hermanas, y aunque el diámetro del círculo de sus doctrinas es desigual, la administracion camina á ciegas, cuando la luz de la Economía política no ilumina sus pasos.

La fuerza ha decidido casi siempre de la suerte de los pueblos; la conciencia sin embargo no revela dos justicias, una para los individuos y otra para los Estados. El Derecho internacional no puede ser más que el Derecho universal, uno en su orígen y en su esencia, aplicado á las naciones. Cuando el poderoso arrastra al débil atado á su carro de triunfo, podrá desvanecerse con el incienso de la lisonja; pero la justicia se cubrirá de luto, y no tardará en arder el fuego de la guerra, que es la actividad para el mal y la postracion para el bien, el trabajo de los instrumentos de la muerte y el ocio de los que nos dan la riqueza y la vida. La usurpacion que se glorifica con el nombre de conquista, tiene su expiacion en la tierra; todo conquistador, dice Mabire, es un loco que empieza por arruinar á sus propios súbditos para arruinar despues á los de los otros. La justicia es la gran política (71), y la probidad la mejor diplomacia (72).

Creo haber demostrado que la Moral, el Derecho y la Economía política, aunque tienen fines próximos distintos, convergen á

un fin último comun, y que su contradiccion seria la contradiccion de las fuerzas del espíritu y la negacion del órden universal. ¿Están, sin embargo, los hechos de acuerdo con la ciencia pura? ¿El desarrollo moral de las sociedades, es armónico con el intelectual y material, ó se verifica á expensas y en oposicion de los otros? ¿Será imposible no sólo la perfeccion del hombre sino tambien su perfeccionamiento? ¿Serán inútiles todos sus esfuerzos para seguir, aunque sea de léjos, al tipo absoluto del bien, de la verdad y de la sabiduría? (73) No: la humanidad es como un solo hombre que vive y aprende siempre (74), y aunque segun la gráfica expresion de Napoleon, en la marcha de los siglos lo mismo que en la de los ejércitos, hay siempre rezagados, no deja de ser perfectible. Retrocede algunas veces, se estaciona otras, y adquiriendo luego fuerzas nuevas, camina de progreso en progreso, y se hace mejor en el órden intelectual, moral y material.

Hay panegiristas de lo pasado que reconociendo los adelantos materiales de nuestros tiempos y con algunas limitaciones los intelectuales, maldicen los primeros (75), desconfian de los segundos, afirman con Horacio que el retroceso moral es progresivo y no ven en el aumento de la riqueza más que sibaritismo y corrupcion. Si hubiera verdad en sus afirmaciones, «todas las causas de la produccion, como la actividad, el órden, el talento y la buena fe serian semillas del vicio, y las que nos retienen en la indigencia, como la imprevision, la pereza, la intemperancia y la incuria, deberian reputarse gérmenes de la virtud» (76). La miseria y el infortunio, como toda afliccion profunda, endurecen el alma (77), la concentran dentro de sí misma, y la predisponen al odio; la felicidad, por el contrario, la da expansion y la predispone al amor (78). Para practicar el bien es preciso conocerle y amarle, cultivar la inteligencia y educar la sensibilidad y la voluntad. El hombre ignorante y grosero es esclavo de sus sentidos, insensible á la belleza moral, y

débil para moderar los impulsos de las pasiones, desconoce las consecuencias del mal, no tolera las faltas ni las censuras de nadie, no refrena su ira, provoca la de los demás, y expresa con violencia los movimientos de su corazon.

El hombre más egoista, segun Wolowski, es el salvaje. Para él no hay caridad ni justicia: descansa mientras la fatiga rinde á su mujer, la obliga á abortar brutalmente (79), roba, escarnece el pudor, mata á los enfermos y los viejos (80), y come la carne de sus hermanos (81). ¿Es esa la vida moral que se prefiere á la presente? Se contestará que no; pero si se niega el desarrollo armónico de los principales elementos de la civilizacion, la lógica nos llevará irremisiblemente á la moralidad del salvaje.

¿Seria mejor que la Europa de este siglo, la Grecia antigua (82) con sus pequeños pueblos en que unos cuantos millares de hombres libres, se creian en su ociosa soberbia los dueños del género humano, y con su Olimpo en que la lujuria y la embriaguez tenian ardientes patronos, y á ningun vicio faltaba su divinidad, inclusos el homicidio y el robo?

¿Se querrá que el imperio romano saque del sepulcro su horrible rostro y sus sangrientas garras, y renueve sus dias de ferocidad y de crápula? ¿Se querrá resucitar el mando de los Calígulas y Nerones, las torpezas de las Mesalinas, el sibaritismo repugnante de la aristocracia más envilecida, la devastacion sistemática de provincias enteras y la abyeccion de aquel pueblo mendigo que decia al tirano: dame dinero y confisca, dame trigo y mata, dame espectáculos y haz cuanto el genio del crímen te inspire?

La torva faz de los Césares nos espanta; mas ¿quién querria vivir en la Germania *sylvis horrida et paludibus fœda* (83) con aquellos bárbaros, cubiertos de pieles y medio desnudos (84), que se arrojaron como un torrente de lava sobre el imperio, é hicieron temblar la tierra bajo sus plantas? La invasion, como

todos los grandes hechos, ha contribuido al progreso del mundo; pero hizo verter tantas lágrimas, costó tanta sangre y martirizó tanto á los vencidos, que el espíritu se encoge y casi desfallece al recordar aquella espantosa catástrofe.

La edad media tiene su legitimidad histórica, como todas las edades, y no puede negarse su influjo en la civilizacion europea. ¿Eran, sin embargo, mejores sus costumbres que las nuestras? Sí: contestan sin vacilar los que prefieren el castillo á la fábrica, el mago al sábio, el pergamino á la prensa y el fragor de los combates al ruido de los mercados. ¿Quién no palpita de entusiasmo, al recuerdo de los caballeros de aquel tiempo, de su valor en los campos de batalla, de su fe en todo lo que era grande y noble, de los cantos de los trovadores, de las maravillas de la arquitectura y de la exaltacion del sentimiento del honor? ¡Pobre humanidad! Admiremos la belleza del arte; pero no ese falso honor que pendia de la espada del más fuerte, y que era la vileza y la deshonra del mayor número. ¿Dónde estaba el honor del siervo y del vasallo? ¿Quién ignora la extension de los derechos del señor sobre las desposadas (85)? ¿Pueden extremarse más la impudencia y la injusticia?

¿En qué siglo buscarémos la moralidad de la edad media? ¿Será en el siglo XI? El célebre Gregorio VII le describe con estas palabras: «Apenas descubro algunos sacerdotes que hayan llegado por las vías canónicas al episcopado, que vivan segun su clase, que gobiernen con espíritu de caridad, no con el despótico orgullo de los poderosos de la tierra. Entre los príncipes no hay ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya propia, la justicia al interés. Peores son que los judíos y gentiles aquellos entre quienes vivo (86).» Descripciones semejantes de las costumbres de aquel tiempo, se encuentran en la historia compostelana y en los escritos de Baronio, Pedro Damiano y otros. Rather, arzobispo de Verona, decia que el clero italiano «excitaba con el vino y los alimentos sus apetitos lividinosos» (87).

En el siglo XII el trabajo ve aparecer en el horizonte la débil luz de la aurora de la libertad, y el hombre da un gran paso en esa larga vía por la que marcha al cumplimiento de su destino; mas para que no se anuble la alegría que sentimos al imaginarle con el hacha en la mano cortando la maleza que impide sus movimientos, apartemos los ojos del reguero de sangre que deja detrás de su huella. No recordemos á Enrique VI de Alemania degollando á los sicilianos y muriendo envenenado, ni á Enrique II de Inglaterra asesinando á Tomás Becket y luchando con su mujer y sus propios hijos, ni á Juan sin tierra subiendo al trono sobre el cadáver de su sobrino, ni á Cárlos VII de Suecia muerto por Canuto Ericson, ni á Luis VII de Francia incendiando la iglesia de Vitry y haciendo perecer á 1.300 infelices, ni los repugnantes y horribles excesos producidos por las turbulencias de Castilla. No recordemos tampoco el estado de seguridad de la Francia á fines de aquel siglo en que siete mil bandidos fuéron pasados á cuchillo por las tropas de Felipe Augusto, ni las angustias, el martirio y la desesperacion de una parte del pueblo europeo oprimido por una nobleza sin entrañas (88).

En el siglo XIII se realizan grandes adelantos en Europa: las tendencias á la unidad se revelan de una manera más enérgica, y el derecho extiende su proteccion á mayor número de personas. A pesar de eso el alma se llena de espanto al recordar la ferocidad de Alfonso IX de Leon, que pareciéndole suave la dura penalidad existente, mandaba arrojar á los reos de las torres más altas, quemarlos, cocerlos en calderas y desollarlos. ¡Qué costumbres las de un siglo en que se veia con indiferencia que Alfonso X sin forma de proceso condenase á horrible suplicio á su propio hermano, y que su hijo D. Sancho, convirtiéndose en verdugo, apalease á los caballeros (89) y matase á Diego Lopez con su propia espada! ¡Qué continencia habria en el pueblo, cuando las clases más

altas vivian públicamente con mancebas y amigas (90), y existia de hecho una verdadera poligamia!

¿Qué hombre de virtud y de conciencia recta querria vivir en el siglo XIV en que Alfonso XI llevaba consigo á la mujer adúltera y aprisionaba á la legítima, en que Pedro IV de Aragon mandaba echar derretido en la boca de sus enemigos el metal de la campana de la Union, y en que el malvado D. Pedro de Castilla mudaba de mujeres como de vestidos (91), asesinaba á sus hermanos, y tenia la feroz complacencia de comer delante de sus cadáveres (92)? En ese siglo de iniquidad y de desórden en que Enrique II el Bastardo tuvo trece hijos bastardos tambien, la propiedad era tan respetada como la vida y la honra. La Crónica antigua dice: «Todos los ricos homes et los caballeros vivian de robos et de tomas que facian en la tierra... Et en nenguna parte del regno se facia justicia, et llegaron la tierra á tal estado que non osaban los omes andar por los caminos, si non armados et muchos en una compaña. Et en los logares que non eran cercados, non moraba nenguno... Aunque fallasen los omes muertos por los caminos, non lo avian por extraño (93).»

Estos escándalos continuaron en el siglo XV, proscenio, como dice Guizot (94), de la edad moderna. Segun un escrito anónimo del tiempo de Enrique IV, atribuido á Alfonso Florez, «los robos é fuerzas eran tan comunes en estos reinos, que la mayor gentileza era el que por más sotil invencion habia robado ó fecho traicion ó engaño.» Lucio Marineo Sículo dice que España estaba llena de ladrones, homicidas, sacrílegos y adúlteros. Nadie tenia segura su hacienda ni su mujer ni sus hijas. Unos usurpaban la justicia, otros robaban casadas, vírgenes y monjas, otros salteaban y mataban á los que iban á las ferias. Segun Pulgar «habia gobernador como el alcaide de Castro Nuño, que desde sus fuertes hacia tales devastaciones en la comarca, que casi todas las

ciudades de Castilla se vieron obligadas á pagarle un tributo por vía de seguro para poner sus territorios á cubierto de sus rapaces asaltos y correrías (95).» El vicio corroia profundamente aquella sociedad envilecida, en que la lujuria y el crímen hacian gala de su impudencia y desenfreno.

Estos siglos están pintados por sí mismos: negras son las tintas y sombríos los colores, mas no hay ninguno que no se encuentre en la paleta de la historia

Despues del siglo xv, siglo de transicion y de ensayos, comienzan nuevos tiempos en que las relaciones humanas se extienden, el sentimiento de la sociabilidad se hace más enérgico, los poderes políticos se centralizan, las naciones se unifican, la inteligencia se eleva, y el espíritu, más en posesion de sí mismo, todo lo examina y emplaza ante el tribunal de la razon y de la crítica.

El siglo xvi fué un tiempo de grandes hombres y de grandes cosas (96). Distínguese España por la gloria de sus conquistas y sus armas, á bien alto precio comprada con la sangre de sus hijos, con sus infortunios y su empobrecimiento (97). Ese siglo fué superior á los que le precedieron; pero ¿cuáles son sus títulos de moralidad? ¿Será su política, realizacion de la de Maquiavelo, que es la perversion moral erigida en sistema? ¿Serán la devastacion, el pillaje y el asesinato llevados á las colonias? ¿Será la tolerancia que encendia hogueras en Inglaterra para los católicos y en España para los protestantes? ¿Será el número de crímenes que supone la imposicion de 20.000 penas capitales por un solo magistrado (98)? ¿Será el saco de Roma con sus horrores indecibles? ¿Serán los desafueros que denuncian las Córtes Españolas de 1586? ¿Serán los desórdenes que llegaron, segun Sandoval (99), hasta el punto de que los nobles arrebatasen, al salir de la iglesia, á las desposadas de entre las manos de los padres y maridos?

¿Serán los adulterios de Enrique VIII y las liviandades de la mayor parte de los príncipes europeos? ¿Serán las obscenidades que revelan en nuestro país las peticiones de las Córtes de 1537, 1552, 1558 y 1570 (100)?

El siglo xvii, el siglo de Descartes, de Newton y de Leibnitz, tiene derecho á nuestro respeto y gratitud por sus trabajos científicos; pero al registrar la historia de sus costumbres, la vergüenza enrojece el rostro, y una ira digna enciende el corazon. Por todas partes se veian los estragos de la miseria en nuestro país: los caminos estaban desiertos por temor á los bandidos; excesos repugnantes turbaban la paz de las chozas, de los palacios y hasta de los lugares de recogimiento (101); el adulterio se llamaba galanteo, y la administracion pública llegó en sus escandalosas depredaciones al último grado de corrupcion (102).

El siglo xviii, que tan gran influencia ha ejercido sobre el nuestro, no puede tampoco darnos lecciones de castidad, de templanza y de respeto á la propiedad, á la libertad, á la honra y á la vida. ¿Cómo habia de hablarnos de castidad, hallándonos tan cerca de aquellos tiempos en que raptores á sueldo estaban encargados de espiar, sorprender y conducir al *Parque de los ciervos* las víctimas que vendia la miseria, ó eran arrebatadas á sus familias? (103). No puede hablarnos de respeto á la propiedad, porque hasta los romances populares nos recuerdan los nombres de aquellos célebres malhechores que robaban y asesinaban á los ricos, daban limosna á los pobres, hallaban hospedaje en todos los pueblos, ponian á contribucion á los caminantes y hacian respetar su irregular soberanía por decenios enteros. No nos puede hablar de seguridad personal, no sólo por el lujo de arbitrariedad desplegado por el poder (104), sino tambien por el número de delitos que castigaban los tribunales, y de que era triste y elocuente prueba el patíbulo, siempre alzado en las poblaciones más importantes.

Muchos y abominables hechos se repiten por desgracia en nuestros tiempos, y la estadística criminal aflige profundamente á los hombres de sensibilidad delicada y de conciencia recta; nuestra sociedad, sin embargo, no vive como la de otros siglos, en un lago de sangre. Se cometen muchas violencias contra las personas; pero la ilustracion se difunde, la tolerancia se extiende, la ira se modera, y los ataques personales se disminuyen. Grande es el número de las violaciones de la propiedad; mas no son tantas ni tan graves como en los siglos pasados, en que dificultaban é impedian los trasportes, suspendian las relaciones comerciales y desalentaban la produccion. No escasean las estafas y los fraudes; pero tambien el crédito ha tomado gigantescas proporciones, y el crédito es la confianza y la buena fe. La lujuria y la intemperancia hacen funestos estragos; mas sin el progreso general del órden doméstico, de la prevision y de la Economía, no hubieran podido establecerse tantos millares de Cajas de ahorros y de Sociedades de socorros mútuos. Se llama egoista y despiadado á nuestro siglo; ¿ha destinado acaso alguno de sus predecesores al socorro de la pobreza ni la cuarta parte de las cantidades que Europa destina en el en que vivimos? La fuerza y la injusticia deciden todavía de los destinos de las naciones; la política moderna seria, sin embargo, un modelo de moralidad para los hombres que en el siglo XVI disponian de la suerte del mundo.

No llegarémos nunca á la felicidad ni á la perfeccion absoluta, porque lo finito no puede confundirse con lo infinito. Hagamos, sin embargo, esfuerzos para aventajar á los que nos precedieron, y acumulemos los medios de que sean mejores que nosotros las generaciones venideras. El camino que tiene que recorrer la humanidad, no se acaba nunca, y lo que suele parecer la meta de su carrera, no es más que una eminencia desde la que se descubren espacios más largos que los recorridos. Deploremos la miseria, los vicios y los crímenes que nos rodean,

no para cruzarnos de brazos entregándonos á un fatalismo estúpido, sino para perseverar en la senda del trabajo, de la virtud y de la justicia, abrir á la actividad nuevos horizontes y promover el desenvolvimiento progresivo y armónico del cuerpo y del espíritu, de la riqueza, de la ciencia y de la moralidad.



NOTAS.

(1) *Philosophie du droit.*
(2) *Harmonies économiques.*
(3) Wolowski.
(4) *Cours de la philosophie moderne.*
(5) *Des rapports de l'Economie publique avec la Morale et le Droit.*
(6) *Cours de Philosophie moderne.*
(7) Roscher. *Principes d'Economie politique.*
(8) *Economie politique.*
(9) Baudrillart. *Manuel d'Economie politique.*
(10) *La liberté.*
(11) Damiron. *Cours de philosophie.*
(12) Rossi.
(13) F. Passy. *De la contraite et de la libertê.*
(14) *Systéme des contradictions économiques ou philosophie de la misére.*
(15) Thiers. *De la proprieté.*
(16) Cherbuliez, Degerando y otros.
(17) *V.* Considerant. *Les destinées sociales.*
(18) El número de las cuotas de la contribucion industrial es cada vez mayor.

Segun el último informe de la Junta de comercio de Paris, de 101.171 fabricantes que habia en la capital de Francia, 7.492 empleaban más de 10 obreros, 31.480 de 2 á 10, y 62.199 uno ó trabajan solos.

(19) Ovidio.
(20) La filósofa Avyar. Se cuenta entre los siete sábios del Malabar. Escribió libros de moral, en cuyo número figuran el *Atisondi* y el *Kahviolonrkam.*
(21) Bastiat. *Harmonies économiques.*
(22) De 488.081 obreros que habia en Paris en 1860, sabian leer y escribir 87 por 100.
(23) St. Mill.
(24) Ciceron. *Societas inter homines á diis inmortalibus constituta.*

(25) F. Carrara. *Derecho de defensa pública y privada.* Art. de la E. del D.

(26) *Systéme des contradictions économiques.*

(27) Ya dijo Aristóteles esto mismo examinando la *República* de Platon.

(28) (29) (30) Segun Fourier la sociedad debe organizarse de manera que sean móviles del trabajo la novedad, el entusiasmo y la rivalidad.

(31) Cabet. *Voyage en Icarie.*

(32) Luis Blanc. *Organisation du travail.*

(33) Saint-Simon.

(34) Bastiat. *Harmonies economiques.*

(35) Las clases medias se aumentan por la elevacion de los muchos que se distinguen entre los pobres. Una gran parte de los fabricantes de Europa ha pertenecido á la clase de obreros.

(36) Rapet. *Manuel de Morale et d'Economie politique.*

(37) Rapet. *Manuel de Morale et d'Economie politique.*

(38) F. Bastiat. *Harmonies èconomiques.*

(39) Florez Estrada. *Curso de Economía politica.*

(40) F. Bastiat.

(41) M. de Tracy.

(42) Essais.

(43) *Dict. philosophique.*

(44) J. B. Say.

(45) *Du credit et des banques.*

(46) Rosmini. *Della sommaria cagione per la quale stanno ó rovinaro le humane societá.*

(47) Moreau de Jonnés. *Elements de Statistique.*

(48) Id., id.—Legoit. *La France et l'etranger.*

(49) L'ouvriére.

(50) «Antes de 1788 en cada legua cuadrada de Europa habia por término medio 336 habitantes; el mismo espacio poblado hoy por 600 debe alimentar 264 más; y no sólo la agricultura satisface esta inmensa necesidad, sino que lo hace con tal abundancia que algunas veces excita quejas; mientras que hace 60 años no obtenia del suelo más que productos insuficientes con los que la poblacion quedaba entregada 33 veces en cada siglo á los horrores del hambre.» Moreau de Jonnés.

(51) Thiers.

(52) Horn.

(53) En Paris habia en 1802 un indigente por 4,90 habitantes, en 1817 uno por 8,72; en 1823 uno por 13,02 y en 1861 uno por 18,47. Una disminucion semejante se advierte en la mayor parte de los pueblos.

Lo que eran la ociosidad y la mendiguez en nuestro país durante los siglos XVI y XVII puede verse en el cap. 53 de la *Historia de la Econonomía política en España*, por D. M. Colmeiro.

(54) G. Roscher. *Principes d'Economie politique*. L. III., C. III. Reybaud. *Condition morale, intellectuelle et materielle des ouvriers qui vivent de l'industrie du coton.*

Legoit. *La France et l'etranger.*

(55) Los muertos del cólera-morbo eu Europa durante este siglo han sido en escaso número comparados con los fallecidos en las pestes de los siglos anteriores. En la invasion de 1832 murieron en Paris 18.602 personas, 19.615 en 1849 y 8.591 en 1854; mientras en la segunda mitad del siglo XVII en cada una de las pestes que afligieron á Lóndres murió la quinta parte de la poblacion. En la gran peste del siglo XIV fallecieron los dos tercios de los habitantes de Noruega.

(56) Hoy se conocen escaseces y carestías, pero no hambres como las del siglo XI en que se puso á la venta carne humana, ó como la de 1430 á 1439 que arrebató la tercera parte de la poblacion de Paris y sus alrededores.

(57) La extension progresiva del cultivo y los productos crecientes de los impuestos de consumos probarian este hecho, aunque no le expusiera la estadística.

(58) En 1797 habia en España 11.007 escuelas de primera enseñanza y 393.126 alumnos, y en 1860 llegaron á 24.353 las primeras y á 1.251.653 los segundos.

(59) En Inglaterra hay más de 20.000 sociedades para socorrer la indigencia. En Alemania no serán menos.

(60) El capital de las Cajas de ahorros de Inglaterra se ha aumentado en el período de 1848 á 1860 desde 705,5 millones de francos hasta 1.033,5, ó sea un 47,11 por 100.

(61) La justice.

(62) Balmes dice: «Las reglas de higiene son tambien reglas de moral.» *Curso de filosofía elemental.*

(63) Mabire.

(64) Franklin decia, que segun su propia experiencia, cuanto más se hace por los pobres, más se aumentan.

(65) Marcial.

(66) Baudrillart.

(67) *De l'esprit des loix.*

(68) Troplong.

(69) Baudrillart. *Rapports de la Morale et de l'Economie politique.*

(70) *De l'esprit des loix.*

(71) Agier.

(72) Proverbio americano.

(73) Jesucristo ha dicho: *Estote vos perfecti, sicut et pater vester cœlestis perfectus est.* Evangelio de S. Mateo.

(74) Pascal.

(75) M. Bonald deplora los resultados de la imprenta, del telégrafo eléctrico y del crédito.

(76) F. Bastiat. *Armonies economiques.*

(77) J. J. Rousseau.

(78) Jouffroy.

(79) Es un hecho comun en Nueva Holanda y en algunas tríbus salvajes del Brasil.

(80) Ciceron lo afirma de los antiguos romanos, y Herodoto de los indios y de los massagetas.

(81) No hace muchos años que murió un jefe de las islas Fidji que habia comido 872 hombres.

(82) En muchos puntos, dice Mannequin, Platon el Divino tenia la conciencia menos pura que el más ignorante de nuestra época.

(83) Tácito.

(84) Sidonio Apolinar.

(85) Molinari. «Tout le monde connait la signification des droits de markette, de jambaje, de cuissage, de prælibation, qui etaient en vigueur dans ce *bon vieux temps.*»

(86) D. Modesto Lafuente. *Historia general de España.* t. IV. pág. 327.

(87) Id. *H. gen.* t. IV, pág. 343.

(88) En Inglaterra el pueblo vejado por crímenes sin cuento, solia decir en alta voz que estaban dormidos Cristo y sus santos. C. Cantú. Epoca 11, capítulo 22.

(89) Habiendo proferido un caballero asturiano palabras ofensivas contra los merinos del rey, tomó este un palo y le dió con tal furia que le derribo casi muerto.

(90) Florez. *Historia de las reinas de España.*

(91) Despues de casado con doña Blanca y con sucesion de la Padilla, se casó con doña Juana de Castro para poseerla una noche. Atentó al honor de doña María Coronel, mantuvo en la torre del Oro á su hermana doña Aldonza, y mientras tanto le nacia un hijo en Almazan de la nodriza de otro.

(92) Mandó matar á sus hermanos menores, D. Juan y D. Pedro, aquel de diez y nueve años y este de catorce, que no le habian ofendido y á quienes tenia presos en Carmona.

Se presentó en la habitacion donde estaba tendido su hermano D. Fadrique á quien habia mandado matar, y como no hubiese acabado de morir, dió su propio puñal á un mozo para que le rematara. Despues se sentó á comer donde estaba el cadáver.

(93) D. Modesto Lafuente. *H. gen. de España*. l. 3.°, c. 11.

(94) *Historia general de la civilizacion de Europa.*

(95) Lafuente. *H. gen. de España.*

(96) Guizot. *H. gen. de la civilizacion de Europa.*

(97) Felipe II despues de 42 años de reinado, se lamentaba de que no veia un dia de que podria vivir el otro.

(98) F. Carrara.

(99) *Historia del Emperador Cárlos V.*

(100) Las Córtes de 1570 se quejan de que las mismas justicias que andaban de ronda, entraban de noche en casas de casadas y doncellas, y so pretexto de venderlas favor de no llevarlas presas, las inducian á tratos deshonestos.

Uno de los arbitrios para remediar las escaseces de Felipe II fué la venta de cartas de nobleza á los hijos de los clérigos.

(101) Lafuente. *H. gen.* t. 16, pág. 121.

(102) Id. *Id.* t. 15, pág. 408, y t. 16, pág. 510.

Colmeiro. *De la constitucion de los reinos de Leon y de Castilla.* C. XXVIII, pág. 329, nota 2.

(103) Louis Blanc. *Historia de la revolucion francesa.*

(104) La Bastilla en Paris estaba llena de infelices á quienes no se decia nunca la causa de su desgracia. Mad. Pompadour enviaba á ella á sus rivales. Mad. Sauvé fué encerrada por un billete que se la atribuyó, y no volvió á salir del encierro. El caballero Besegnier estuvo siete años dentro de una jaula, en que no podia estar echado ni en pié, por unos versos satíricos cuyo borrador se encontró en su casa.



CONTESTACION

DEL ILMO. SR. D. MANUEL COLMEIRO.



SEÑORES:

De tal manera se enlazan en este mundo lleno de trabajos y miserias los gustos y disgustos de la vida, que no hay gozo sin sobresalto, ni felicidad sin mezcla de pesadumbre, ni suceso próspero que de todo en todo nos contente. Las alegrías puras sólo reinan en el paraíso.

Dígolo á propósito de nuestra solemnidad de hoy, pues si por una parte es justa ocasion de regocijo dar la bienvenida al docto catedrático de Economía política de la Universidad Central cuya voz aún resuena en vuestros oídos, por otra contrista el ánimo el recuerdo de una pérdida de todos, y de mí mayormente muy sentida. Aludo al varon esclarecido, al profundo jurisconsulto, al historiador elegante, en fin, al Excmo. Señor D. Antonio Cavanilles, que la muerte impía, cortando el hilo de sus nobles tareas, arrebató á la Academia y á sus muchos amigos; y yo, que me honraba de serlo y de tenerle dos veces por compañero, pretendo desahogar el corazon pagando aquí doble tributo á su memoria.

Los hombres pasan, pero quedan las instituciones que renovándose sin cesar, desafian los estragos del tiempo; y en esto, señores, se funda la grande utilidad de las Academias. Gracias

á su poderosa organizacion viven perpétuamente, se rejuvenecen cada dia, y cada dia velan por el tesoro de ciencia que heredan de sus individuos y transmiten á otros con el encargo de aumentarlo.

Tanto importan las elecciones acertadas. La del Sr. Madrazo, por diversos títulos acreedor á la merced que hoy le haceis, ha sido la confirmacion del voto público que de antemano le señalaba un asiento entre nosotros. La amistad y la hermandad de estudios y profesion, me obligan á ser parco en su alabanza. Hallo más cómodo que le juzgueis vosotros mismos con severa imparcialidad, segun la muestra de sana y abundante doctrina que encierra su discurso.

Quisiera, al cumplir con el deber de contestarle, decir algo nuevo sobre las *Relaciones de la Economía política con la Moral y el Derecho;* pero el académico electo ha espigado tan bien el campo, que apenas descubro mies digna de ofreceros. Corro el peligro de que la crítica compare mi oracion á un rio de palabras sonoras, y me anticipo á la censura, considerando que el voto de obediencia me fuerza á exponer mi persona por la honra de la Academia.

La Economía política nació con mala estrella. Seria traspasar los límites de nuestro asunto traeros á la memoria todas las crueles invectivas de sus adversarios. El nuevo académico no ha disimulado la negra fortuna de su ciencia favorita, antes ha hecho caso de honra robustecer cualesquiera argumentos más ó menos poderosos, fiando á la razon el triunfo de su causa.

Y en verdad, señores, si fuese cierto que la Economía política rinde culto supersticioso al oro y la plata; que ama las riquezas sobre todas las cosas del mundo; que enciende y estimula la sed de los placeres groseros de la vida; que inocula el veneno de la torpe sensibilidad en el corazon del hombre; que exalta el sentimiento del interés individual hasta santificar la pasion del egoismo; que sacrifica el espíritu á la materia, y

por último, que es una ciencia sin entrañas para el pobre, cerrada á lo grande y noble, reprobada por la moral, condenada por la justicia, ¿á qué extraña perversion del sentido comun deberémos atribuir que los pueblos la escuchen y cultiven, y los gobiernos la toleren, la enseñen y practiquen? ¿Cómo vive y prospera la raza maldita de los economistas, peste de las repúblicas, enemigos del género humano, levadura de la disolucion social, y segun vemos que crece y se multiplica y cobra autoridad en los palacios y cabañas, precusores inmediatos del fin del mundo?

Respeto la opinion de los que niegan á la Economía política el título de ciencia; mas no puedo persuadirme á que hablen de buena fe ó con pleno conocimiento de causa los que afirman que es la ciencia del mal. Siempre he oido decir que la ociosidad es madre de todos los vicios, y conforme á esta regla tan sabida, la teoría del trabajo no debe egendrar sino virtudes.

Dejémosnos de paradojas. La Economía política y la Moral son hermanas, y aunque el criterio de cada una se deriva de un órden distinto de ideas, ambas recíprocamente se ayudan y confirman. Esta es la comprobacion de lo útil por lo bueno, y aquella la comprobacion de lo bueno por lo útil.

Sabeis, señores, que amo la historia y gusto de templar los ímpetus del dogmatismo con el exámen de los hechos y la experiencia de los siglos. Temo la fácil seduccion de los sistemas preconcebidos, y antes de adoptarlos, procuro interrogar á los tiempos pasados, estudiar la obra lenta y progresiva del genio de los pueblos, y en fin, buscar el terreno firme en el cual deseo cimentar la verdad capital, el principio supremo de toda fecunda especulativa.

Sabeis que antes, mucho antes de Adam Smith, hubo escritores políticos que abordaron con mediana felicidad las cuestiones económicas más graves é importantes, y poco á poco fuéron allanando el camino para constituir un cuerpo de doctrina.

Los precursores de la novedad, los mensajeros de la Economía política eran (notadlo bien) los moralistas y los jurisconsultos impelidos de una corriente secreta é invencible, cuyo orígen podemos hoy señalar en la afinidad de la Economía política con la Moral y el Derecho. Dudo que ciencia alguna de las modernas se honre con tan ilustre abolengo.

Fijémonos un instante en la cuestion del lujo y de las leyes suntuarias tan debatida en el siglo XVII, y sin reparar en la mayor ó menor bondad de la teoría económica, observemos si se enlaza ó no con las máximas de la moral y los preceptos de la justicia.

«Los gastos excesivos (decian) empobrecen la nacion, junto con la ociosidad de los pueblos, el desórden en galas y convites y la introduccion de ropas y mercaderías extranjeras. El lujo engendra la molicie y afeminacion y corrompe las costumbres. Es preciso vivir con moderacion y templanza para restablecer la virtud antigua é impedir la disipacion de las haciendas, porque en el dinero está el nervio de la república, y sin él todo se atenúa y enflaquece.»

«Los príncipes tienen obligacion de poner límite y raya á la prodigalidad de sus vasallos, como los médicos prescriben la dieta. Tasando los gastos supérfluos é impertinentes, los ricos emplearian su caudal en edificar, labrar y plantar, y los pobres se aplicarian á la agricultura y á ministerios industriales de provecho y sustancia.»

«Los trajes demasiados dificultan los matrimonios, agotan la gente y quitan el lustre á los nobles confundiéndolos con los plebeyos.»

Otros que no participan del comun sentir, responden: «Decir que á los vasallos los han destruido los gastos supérfluos, no es entender con qué se sustenta la multitud honesta y quietamente, porque si no hubiese las artes y ciencias que á muchos parecen supérfluas, impertinentes y nada necesarias á la vida,

seria la república alarbe, pues las necesidades de los unos se reparan con los gastos supérfluos de los otros, y lo que á unos sirve de desvanecerse, á otros ha servido de honesto ejercicio, y con lo que unos gastan demasiado, otros comen lo necesario. Si todos se retirasen con avaricia á no gastar más de lo preciso, cesaria el comercio, artes, tratos y ventas y ciencias con con que pasan todos, y vivirian en contínua ignorancia y miseria (1).»

No es mi ánimo mediar en la contienda, sino mostrar, citando estos dos pasajes, la trama del discurso ordinario de nuestros antiguos escritores políticos que pasaban sin sentir de lo honesto á lo útil y de lo útil á lo justo, una sola idea contemplada á distinta luz, no sospechando que aquella perfecta armonía ocultase el gérmen de futuras discordias.

Y ¿quiénes eran esos reformadores atrevidos que mezclando la Economía á la Moral y al Derecho, discurrian con admirable libertad sobre la poblacion, la agricultura, las artes y oficios, el comercio interior y exterior, los tributos y gabelas y otros asuntos tocantes á la buena gobernacion del Estado, y solicitaban con ahinco providencias eficaces para el fomento de la riqueza y prosperidad general? Venerables obispos, graves teólogos, doctos juriconsultos, severos magistrados. El más rigido moralista, el mismo escritor ascético trata las materias económicas con tranquilidad de ánimo, léjos de abrigar vanos escrúpulos de conciencia.

Y si de aquellos tiempos un tanto remotos venimos á otros más cercanos, reparad que Adam Smith, verdadero fundador y patriarca de la escuela económica, profesaba la filosofía moral en la universidad de Glasgow, y que su *Teoría de los sentimien-*

---

(1) *Historia de la Economía política en España*, tom. II, cap. LXXXVII, pág. 533.

tos morales precedió á la *Investigacion de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones.* Malthus, el autor del *Principio de la poblacion*, enseñaba Historia y Economía política en el colegio de la compañía de las Indias Orientales; y Roscher, profesor de la universidad de Leipsick, explica la Economía política comprobando cada regla con la ley moral deducida del estudio profundo de la sociedad, segun se manifiesta en la filosofía, la historia y la jurisprudencia de los pueblos. No digais que son encuentros casuales: decid más bien que son vínculos necesarios que nacen de la armonía de lo bueno, lo justo y lo útil y acreditan la vecindad de las ciencias.

Ofender á la Economía política diciendo que no corre unida con la Moral es culpa leve, pues no faltó quien murmurase de ella que asentaba proposiciones mal sonantes y peligrosas. La enseñanza pública de esta ciencia empezó entre nosotros por los años 1784 bajo la proteccion de la Sociedad económica de Zaragoza, á cuyo exquisito celo se debió la fundacion de la primera cátedra con el título de Economía Civil y Comercio regida por el Dr. D. Lorenzo Normante.

Fr. Diego José de Cádiz, varon de mucha fama en virtud y letras, denunció ciertas conclusiones del doctor Normante como erróneas, ofensivas á los oídos piadosos y sospechosas de heregía; y resumiendo el venerable misionero en breves capítulos su memorial de agravios, entresaca las siguientes proposiciones dignas de censura: 1.ª Que la usura es lícita. 2.ª Que el lujo es útil y aún recomendable. 3.ª Que no deben ser admitidos á profesion religiosa los menores de veinte y cuatro años (1). Preocupado con el sentido vulgar de las palabras *lujo* y *usura*, repugnaba el austero capuchino toda doctrina al parecer incompatible con la humildad y la pobreza.

Fr. Gerónimo José de Cabra, de la misma órden, en un libro

(1) Sempere y Guarinos. *Colec. Ms.* tom IX.

que dió á luz en 1787 (1), acumulando autoridades y textos sagrados y profanos, combate la teoria de Normante respecto á poblacion, lujo, alcabalas, etc.; y penetrando en el terreno vedado de la conciencia, mueve controversias políticas y religiosas extrañas al asunto, discute con calor y señala la herética pravedad de tal ó cual pasaje mal interpretado. Llevó el P. Cabra su porfía al extremo de condenar como grave injuria á la Majestad, llamar vicioso el tributo de las alcabalas, sustentando que pues los Reyes lo habian establecido, no fué sin causa, y era un juicio temerario ponderar sus inconvenientes.

En fin, aunque se practicaron entonces, de buena fe sin duda, exquisitas diligencias para atraer sobre la naciente Economía política las iras del Gobierno y de la Inquisicion, prevaleció el consejo de absolver de todo cargo á una ciencia que Campomanes queria fuese familiar á los corregidores, alcaldes mayores, intendentes y togados. El hombre más escrupuloso y timorato debe reconciliarse con la Economía política cuya inocencia, pasando por tan duras pruebas, quedó bien acrisolada. Digo inocencia, porque no entiendo que sea delito ni aún pecado, hacer uso legítimo de la razon y solicitar reformas saludables.

Yo, señores, aunque indigno, pertenezco al honrado gremio de los economistas; pero amo sobre todo la verdad, y debo á mi conciencia hacer una confesion paladina de nuestras flaquezas domésticas. ¿Sabeis sobre quién pesa la mayor parte de culpa de los agravios é injurias inferidas á la Economía política? Sobre los mismos economistas.

Si no tuviese amigos indiscretos que en vez de encerrarla dentro de los límites de lo útil á la vida humana, pretenden extender su jurisdiccion á todo cuanto abraza el inmenso horizonte de las ciencias sociales; que aspiran á entronizarla y con-

(1) Pruebas del espíritu del Sr. Melon, y de las proposiciones de Economía civil y de Comercio del Sr. Normante.

vertir el criterio económico en un criterio universal; que divinizando el interés particular lo proclaman infalible; que abrazando el partido de un individualismo radical niegan por sistema la intervencion oficial, es decir, que reniegan del Estado y de la ciencia misma; que interrogados sobre los dolores que afligen al cuerpo de la república á todo responden *laissez faire, laissez passer*, como si la libertad no pudiese degenerar en licencia y la autoridad en tiranía, os protesto que no hubiera en el mundo tantos recelosos de alianza entre la filosofía de Bentham y la de Smith.

Considero muy ocasionado á graves errores el estudio de la Economía política sin el de otras ciencias allegadas por contrapeso; mas cualesquiera que sean los peligros, porque en todos los mares hay escollos, no temais por la Moral y el Derecho.

La Economía política protege todos los intereses legítimos, respeta las leyes é instituciones, defiende la propiedad y la familia, y es el mejor escudo contra los dardos que los Gracos modernos asestan al corazon de la sociedad.